

El Testigo. Medio siglo de un latinoamericano en la Roma de los Papas

Guzmán Carriquiry Lecour

Ediciones Sapientia

México, 2025

382 págs.



Guzmán Carriquiry ha sido efectivamente un testigo excepcional de la vida de la Iglesia católica en los últimos cincuenta años. Nacido en Montevideo, Uruguay; doctor en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad de la República, ocupó importantes cargos en el Vaticano desde que fuera nombrado jefe de oficina en el Pontificio Consejo para los Laicos por Pablo VI y luego subsecretario del mismo dicasterio por los papas san Juan Pablo II y Benedicto XVI, quien lo nombró a su vez secretario de la Comisión para América Latina, una posición que fue ratificada por el papa Francisco. Ha acompañado desde la Santa Sede a cinco papas en una trayectoria de múltiples responsabilidades administrativas, pero también pastorales, como las Jornadas Mundiales de la Juventud, alguna de las conferencias de Naciones Unidas o las conferencias

episcopales latinoamericanas de Puebla, Santo Domingo y Aparecida. *El Testigo* es un libro que describe y reflexiona sobre esta trayectoria larga y fructífera.

¿Testigo de qué ha sido Guzmán Carriquiry? De mucho, pero dos aspectos sobresalen por encima de cualquiera. El primero es la promoción del laicado dentro de la Iglesia. En una Roma casi enteramente clerical, la llegada de un laico casado con mujer e hijos fue incluso una novedad doméstica. ¿Dónde encontrar un departamento adecuado y un jardín infantil en el Vaticano? Durante muchos años la participación laical se había organizado a través de Acción Católica, que se mantuvo estrictamente bajo la tutela de los obispos, pero después del Concilio surge una variedad de iniciativas y movimientos eclesiales (algunos derechamente inspirados y conducidos por laicos) que le entregaron un rostro nuevo a la vida de la Iglesia. Muy próximo al Camino Neocatecumenal y a Comunión y Liberación, Carriquiry recuerda vívidamente el auge de todos estos movimientos durante el pontificado de san Juan Pablo II y lamenta el derribo de algunos otros que hizo que en los tiempos de Francisco se extendiera la inspección pontificia sobre casi todos estos movimientos.

En segundo lugar, Guzmán ha sido también testigo de la promoción e inserción de la Iglesia latinoamericana en la ecúmene universal, en un camino que condujo lenta e imperceptiblemente al pontificado de Francisco, el primer Papa latinoamericano que haya habido jamás en la Iglesia católica. La amistad personal de Guzmán con el cardenal Bergoglio y luego Papa está relatada hermosamente, incluyendo algún tirón de orejas por el estilo de gobierno de Francisco, que tuvo

más de superior jesuita (ningún Papa anterior había escrito tantos *Motu Proprio*) que de sinodalidad. Guzmán asegura que fue de los pocos que predijeron su elección, y no hay motivo alguno para no creerle a alguien que conocía bien los aires vaticanos.

Era joven todavía cuando sucedió Medellín, pero en Puebla estaba ya a caballo en la montura de Alberto Methol Ferré, gran inspirador de un latinoamericanismo católico y popular, al que no ha renunciado nunca. La esperanza de una América Latina unida en torno a sus raíces mestizas y católicas, pero abierta a una modernidad democrática, era una posibilidad que podía abrir la Iglesia misma, la única institución capaz de colocarse por encima de las oligarquías y de los intereses siempre estrechos de los Estados nacionales. La Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) pudo ser el órgano a través del cual América Latina cobrara conciencia de su propia unidad y destino común; después vendría la integración económica, política y lo demás. Esta gran visión de Methol Ferré empezó bien, pero terminó mal, aunque Carriquiry ha seguido apostando por esa América Latina (por ejemplo, en un libro homónimo que considera lo más significativo que haya escrito en su vida). Las oportunidades que abrió el papa Francisco no han sido suficientemente aprovechadas. “La Iglesia de América Latina... no se ha demostrado en condiciones de

ocupar el vacío que está dejando el declino europeo en el centro romano”, dice Carriquiry (p. 249), y agrega que “nuestra Iglesia en América Latina (...) necesita mucho más (...) pensamiento teológico, cultural, político (...) dar un salto de calidad en la custodia, educación y propagación de la fe” (p. 250). Lo dice a propósito del avance evangélico en todo el continente y las dificultades que tiene el catolicismo en adoptar la actitud misionera que se aconsejó en Aparecida. Buenos pastores, y una Iglesia generosa, pero que ha perdido la capacidad de mirar el horizonte más amplio del continente.

Carriquiry fue testigo también de la santidad que existe en el corazón de la Iglesia romana y que desmiente la imagen común de corrupción que muchas personas tienen de la Curia. El recuerdo del cardenal Eduardo Pironio, beatificado por Francisco en 2023, destaca en el trasfondo de muchos cardenales, sacerdotes y laicos que trabajaban abnegadamente por el bien de la Iglesia universal. La reforma de la Curia, no obstante, llena un capítulo entero con valiosos consejos acerca de lo que aún falta por hacer después que se han limpiado bastante las finanzas vaticanas y se ha ido profesionalizando la administración pontificia.

Testigo de mucho, Guzmán Carriquiry ha escrito un libro único y entrañable para quienes quieran asomarse a la Roma de los últimos papas.

Eduardo Valenzuela